

**DE LA EXPERIENCIA A LA EXPECTATIVA.
LA HISTORIA DE LOS CONCEPTOS DE REINHART KOSELLECK
FROM EXPERIENCE TO EXPECTATION. THE HISTORY OF THE
CONCEPTS OF REINHART KOSELLECK.**

SERGIO FERNÁNDEZ RIQUELME*

Recibido: 23/04/2017

Aceptado: 30/05/2017

Resumen

El mundo se transforma a velocidad vertiginosa en la era de la Globalización. El historiador Reinhart Koselleck alumbró la génesis de esta realidad globalizada (como Modernidad), y aportó un modelo historiográfico sobre los conceptos político-sociales que la crearon y caracterizaron como nueva “sociedad” contemporánea (Gesellschaft) en sus palabras y discursos. Pero su Historia de los conceptos aporta, además, a partir de este “tiempo histórico” (Sattelzeit) un instrumento teórico de primer nivel para reconstruir nuestro presente accionar humano desde el lenguaje que lo expresa y comunica, en cada momento y lugar, comprendiendo la interrelación entre la experiencia y la expectativa en él contenido, de lo pretérito y del devenir, como «futuro pasado» de cada generación.

* Investigador hispanista, doctor en Sociología y en Política social, grado en Trabajo Social y en Criminología, máster en Bioética y en Orientación e Intermediación laboral, y profesor de Política Social en la Universidad de Murcia (España). Es director de la revista La Razón histórica, director del Instituto de Política social (IPS).

Palabras claves

Conceptos – Expectativa – Experiencia –
Historia – Koselleck - Modernidad.

Abstract.

The world is transformed at breakneck speed into the era of globalization. The historian Reinhart Koselleck illuminated the genesis of this transforming globalized reality (Modernity), and provided a historiographical model, on political-social concepts, still in force to understand the new society that shone (Gesellschaft) in his words and speeches. His History of Concepts appears as a theoretical instrument of the first level to reconstruct our contemporary human action (SattelZeit), in each moment and place, from the interrelation between experience and expectation, of our “future past”.

Key words.

Concepts – Expectation – Experience –
History – Koselleck - Modernity.

Preámbulo. Los conceptos en la Historia.

El presente (lo que hacemos) y el futuro (lo que pretendemos hacer) es, siempre, producto del pasado; en él se encuentran contenidas las “posibilidades” de ser, como señaló Zubiri¹, en nuestro hacer y en nuestro soñar. Las sociedades cambian, evolucionan, convirtiéndose continuamente en pretérito lo dicho y hecho. Las experiencias (lo que vivimos) y las expectativas (lo que viviremos) remiten, así, a la Historia como referente del que partimos. Y ante ella, el historiador puede encontrar en los conceptos (usados en el lenguaje o en los símbolos de los que nos dotamos) un instrumento para comprender el devenir de cada sociedad humana (Alonso, 2013), mediante una reconstrucción historiográfica capaz de combinar la recuperación de los acontecimientos acaecidos (la clásica *Historie*) e interpretación de las permanencias y cambios en sus estructuras (la actual *Geschichte*) (Palonen, 2006: 125-126).

Reinhart Koselleck [1923-2006] desarrolló una modalidad teórica y singular de la Historia desde los conceptos, entendidos como productos que cada comunidad crea culturalmente y usa socialmente, y que instrumentalmente se mantienen o mutan como signos lingüísticos o símbolos extralingüísticos en relación a las acciones político-sociales. Nació la *Begriffsgeschichte* (Historia de los conceptos) como “*una técnica o un arte, un arte histórico que consiste en entrelazar series de acontecimientos en el largo plazo, a través del descubrimiento de es-*

estructuras repetitivas” (Fernández y Fuentes, 2006).

Lo histórico (*Historik*) no podía ser simplemente un relato lineal o una narración circular. Para Koselleck la vida de los hombres y mujeres presentaban cambios y continuidades en los hechos históricos que protagonizaban, y conectaban épocas y entrelazaban generaciones; padres e hijos no eran tan diferentes. Y los conceptos permitían reconstruir ese “*tiempo histórico*” interrelacionado, donde el pasado (experiencia) y el futuro (expectativa) nacía de las posibilidades construidas, o destruidas en el pasado. Tiempo que esbozaba una científica “*comprensión histórica*” (Raga y Raga, 2012) al abordar, desde las construcciones conceptuales generadas y usadas por cada sociedad por medio de su lenguaje, hechos antiguos siempre anacrónicamente actuales y siempre posibilidad de porvenir, al mostrar en su creación y utilización en cada contexto la síntesis entre la sincronía (el acontecer) y la diacronía (el suceder).

Y en el inicio de la Globalización (o *Globalisation*²), que Koselleck situó en los estertores de la era moderna, encontró la eclosión de una nueva era de vivir y contar la Historia. Desde el realismo político de Carl Schmitt y la hermenéutica de su profesor Hans-Georg Gadamer (llevando la interpretación de los conceptos de la filosofía a la Historia), principió una interpretación historiográfica singular sobre la mutación de la nueva Modernidad. Este periodo (siglo XVIII) fue el primer escenario para probar su teoría: una exégesis que buscaba en las fuentes contemporáneas, tanto en su lenguaje discursivo como en sus representaciones simbólicas, aquello que mutaba y aquello que sobrevivía en el recorrido temporal de las construc-

1 Para Zubiri “las potencias de los hombres se ejercitan, en todas las épocas de manera sensiblemente idéntica, pero la vida con las que ellas se construye, el uso que de ellas hacemos, es variable. Estas variaciones en el uso de las potencias humanas es la Historia. Es lo que cambia el mero hecho en suceso” o “acontecimiento”, que son el tejido de la Historia, son los elementos específicos del curso histórico (Zubiri, 1983: 322).

2 Término acuñado por el bibliófilo Paul Otlet (1916: 337).

ciones conceptuales, en su significado y en su uso. “*Lo moderno*”, inicio tácito de la edad contemporánea, demostraba, a su juicio, que dentro y más allá de las palabras existían “*conceptos*” que aparecían tanto como instrumentos para el directo cambio social de las elites (que modificaban los mecanismos de identificación colectiva y sus mentalidades asociadas) como herramienta de investigación de las mutaciones de la vida cotidiana de los seres humanos (conociendo como los usos y costumbres alteraban la identidad de las palabras y sus conceptos integrantes) (Lozano, 2004: 118-119).

“El historiador está obligado a ocuparse de esas analogías, porque si sólo miramos los acontecimientos singulares como eventos radicalmente únicos, particulares, no podremos llegar a explicarlos. No podremos explicar por qué algo fracasa. Cualquier explicación, incluso relativa a un hecho singular, depende de cursos de acción, de secuencias de acontecimientos...” (Fernández y Fuentes, 2006).

La Historia como ciencia descubría, reconstruía, representaba, relataba e interpretaba los fragmentos existentes, y al alcance de la mano, sobre los hechos del pasado desde las fuentes discursivas (lingüísticas y extralingüísticas). Pero para Koselleck era imprescindible una óptica conceptual complementaria; se necesitaba algo más. Un medio a través del cual el historiador pudiera acceder al siempre plural “*tiempo histórico*”, del conjunto de significados múltiples de las “*representaciones*” que se pueden realizar sobre los hechos históricos objeto de estudio; y para ello aportaba un método que determinaba e interpretaba los conceptos presentes en el lenguaje que permite conocer dichos hechos, aclarando la interrelación entre la palabra dicha y la acción hecha (entre el discurso y la obra) y sobre todo entre la mutación de los mismos ante la descubierta vinculación entre el aprendizaje del pasado y las

aspiraciones de futuro (que se remitían unas a otras), como éxitos y fracasos de generaciones propias y ajenas que se ligaban más allá de un orden cronológico.

“Ciertamente el historiador no cuenta solo historias. Éstas deben haber acaecido como las cuenta. Pero entonces es preciso plantearnos las cuestiones siguientes: ¿qué nos importan todas esas historias tuyas? ¿Por qué tanto esfuerzo por preservar e investigar? Ciertamente no para encumbrarse al dominio de la suerte del hombre, de modo análogo a como el estudio de la naturaleza posibilita un dominio de los fenómenos naturales o encamina a su utilización para fines humanos. Ni tampoco para aprender de la historia a ser más inteligentes (klüger). Jacob Burkhardt tenía razón: la historia y el conocimiento histórico no pueden ayudarnos a ser más inteligentes, sino a ser sabios (weise) para siempre ¿Por qué nos encadenan las historias? Existe solo la respuesta “hermenéutica” a esta pregunta: porque nos reconocemos en lo otro, en lo otro de los hombres, en lo otro del acontecer” (Koselleck y Gadamer, 1997:105-106).

“La historia de los conceptos es una tarea estrictamente historiográfica: se ocupa de la historia de la formación de conceptos, de su utilización y de sus cambios”. Productos que daban sentido a la vida de las personas, transformándose con el tiempo, que se expresaban tanto lingüística como extralingüísticamente, y que tenía relación con las dimensiones social y política. Para Koselleck (1993: 121) este paradigma resultaba un instrumento metodológico imprescindible para la Sozialgeschichte (Historia social); escribir la Historia analizando los mecanismos temporales del cambio conceptual, a partir de dos grandes ingredientes de las dinámicas sociales: las experiencias vividas proyectadas en el devenir (el “*pasado presente*”) y las expectativas creadas a partir de las lecciones aprendidas (el “*futuro pasado*”).

1. *Entre el pasado y el presente. Semblanza de un historiador.*

Todo historiador tiene una Historia. Y para Reinhart Koselleck su labor historiográfica fue una gran metáfora. “*He de advertir que, como Historiador, no soy capaz de realizar afirmaciones fundamentadas física o biológicamente. Me muevo más bien en el ámbito de las metáforas*” (Koselleck, 2001: 17-18).

Nacido en la pequeña villa alemana de Görlitz (Baja Silesia, muy cerca de la frontera polaca) en 1923, su juventud estuvo marcada por la metafórico apocalipsis de Occidente (Oswald Spengler dixit). Hijo del profesor nacionalista Arno Koselleck, con 18 años sirvió en la Wehrmacht, siendo capturado tras el avance soviético en el frente de Moravia en 1945, y deportado durante 15 meses en el campo de prisioneros de Karaganda, en la inmensa estepa de Kazajistán. Durante sus meses de prisión, la derrota sufrida y la esperanza de liberación alumbraron, según su testimonio, la noción de “*comprensión histórica*” sobre los conceptos (ideología y progreso, crisis y conflicto) que tanto marcaría su posterior desarrollo intelectual (Calderón, 2006).

En 1947 comenzó sus estudios en la Universidad de Heidelberg, donde se formó, sucesivamente, en Historia, Filosofía, Derecho Constitucional y Sociología (incluida una estancia en la inglesa Bristol). Bajo el magisterio de Martin Heidegger, Carl Schmitt y Friedrich Meinecke defendió su Tesis doctoral sobre *Crítica y Crisis: un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués* (1954), centrada en la historia de una Prusia expansionista “*entre la Reforma y la Revolución*” (Koselleck, 1965: 45- 46) en los siglos XVII y XIX (en los planos administrativo, social y político del reino de la dinastía Hohenzollern). En ella nacía la metáfora de la Modernidad (Sattelzeit), periodo de transición o umbral de cambio entre la vieja comunidad

aristocrática y artesanal (Gemeinschaft) y la emergente sociedad capitalista e industrializada (Gesellschaft)³. Pero especialmente notable, como reconoció, resultó la influencia del realismo político de Schmitt en la construcción de su explicación de la interpretación metafórica modernizadora; advertida también por Jürgen Habermas en una crítica sobre su Tesis publicada, a la que acusaba de una excesiva orientación conservadora y antiliberal: “*Immerhin sind wir dankbar zuerfahren, wie Carl Schmitt die Lage beurteilt*” (Habermas, 1960: 470).

En este “*primer Koselleck*” (Capistegui, 2009) fue tal el ascendiente del jurista de Estado alemán, hasta el punto que llegó a señalar que “*de todos mis maestros - Gadamer, Conze, Löwith, Kuhn, Heidegger- Schmitt fue el más importante*”. Gracias a la mediación del sociólogo Alfred Weber, entró en contacto con Schmitt, siendo de enorme relevancia para él su libro *Ex Captivitate Salus* (editada en 1950), donde encontró una tesis que siempre le guio: la Historia extraordinaria no la escriben los “*vencedores*” sino los “*vencidos*”. Inicial óptica historiográfica marcada, pues, por ese polémico “*concepto de lo político*” schmittiano, donde la dialéctica amigo enemigo⁴, con su carga de heroísmo y tragedia, se conectaba directamente con su experiencia en la gran derrota alemana de 1945 y su cautiverio soviético (Olsen, 2011: 198-200).

Fue profesor asistente en la Universidad de Bristol y en la de Heidelberg entre 1954 y 1956, participando como colaborador hasta 1965 en el Arbeitskreis für moderne Socialgeschichte y en el grupo de investigación Poetik

3 Dialéctica definida, históricamente, por Ferdinand Tönnies en 1887 como “*distinción sociológica*” conflictiva (Tönnies, 2005: 22-23).

4 “*La distinción específica, aquella a la que pueden conducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción de amigo y enemigo*” (Schmitt, 2009: 56).

und Hermeneutik desde 1963. Tras ser habilitado como Professor en 1966, ejerció docencia de ciencia política en la Ruhr-Universität Bochum y de Historia contemporánea en Heidelberg. En estos años construyó su gran metáfora conceptual, fundamento de la teoría de la Historia conceptual: “*los estratos del tiempo*”. Así, y tras colaborar en la fundación de la Universidad de Bielefeld, ocupó la Cátedra de teoría de la Historia desde 1968, y creó el afamado Centro para la Investigación Interdisciplinar. Desde él, junto a Otto Brunner y Werner Conze coeditó la monumental y enciclopédica *Geschichtliche Grundbegriffe* (Conceptos Básicos en la Historia: Un Diccionario Histórico del lenguaje político-social en Alemania) entre 1972 y 1997. En ella sistematizaba, a partir de las enseñanzas del filósofo de la hermenéutica Hans-Georg Gadamer, el edificio teórico de su Historia conceptual (*Begriffsgeschichte*) sobre la hipótesis del “*tiempo histórico*” (que da sentido a las creaciones lingüísticas) especialmente desde el citado *Sattelzeit* de la Modernidad [1750-1850]; una especialidad historiográfica (*Historik*) basada en la interrelación entre la Historia posible y el Lenguaje social, continuada por Hans Erich Bödeker, Lucien Hölscher o Carsten Dutt (Chignola, 2007).

Convertido en uno de los más reconocidos historiadores del siglo XX, fue profesor visitante en la Universidad de Chicago y en la Columbia University, y miembro de la Academia alemana de lengua y poesía (1980) y del *Wissenschaftskollegs* de Berlín (1987). Recibió en 1993 la prestigiosa Medalla de honor de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* de París, y en 1999 el *Sigmund-Freud-Preis für wissenschaftliche Prosa*. En sus últimos años impulsó su última metáfora sobre la representación del “*final de la vida*”, desde el grupo de investigación Monumentos funerarios e imágenes de la muerte, entre arte y política; finalmente fue reconocido como profesor emérito por la Universidad de Bielefeld hasta su muer-

te. Como señalaban Juan Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes

“*No sólo estamos ante uno de los historiadores más importantes del último medio siglo, sino ante un eminente teórico que, a lo largo de su dilatada obra, ha escudriñado todos los recovecos del concepto de la historia: la historia como sucesión de acontecimientos, la historia como actividad intelectual, la historia como experiencia existencial y como dimensión ineludible, constitutiva de la modernidad*” (Fernández y Fuentes, 2010).

2. *Entre el concepto y la palabra. La teoría de un historiador.*

La Historia parte del lenguaje, pero no se puede limitar a él; existen realidades que se escapan a lo escrito. La tarea historiográfica se inicia con las fuentes, pero no se puede restringir a la literalidad de lo dicho y hecho por sus protagonistas; hay algo más. La Historia de los conceptos analiza, así, el cambio y la continuidad de las estructuras y relaciones político-sociales, desde el significado y el uso dado a dichos conceptos por los hombres, lingüística y extralingüísticamente, en cada circunstancia (*sincronía*) y bajo el transcurrir del tiempo (*diacronía*). Desde la misma se interpreta conceptualmente toda fuente (*primaria* y *secundaria*) en el contexto en el que fue creada, evitando asignar significaciones del quehacer presente al recorrido pasado, al relacionar los significados de los conceptos con el “*espacio-tiempo*” desde donde se construyen (Romero, 2008: 93 94).

“*Eso que constituye a la historia como historia, no se puede derivar nunca solo de las fuentes: es precisa una teoría de la historia posible para hacer hablar a las fuentes. La parcialidad y la objetividad se limitan de un modo nuevo en el campo de la tensión entre la formación de la*

teoría y la exégesis de las fuentes. La una sin la otra son inútiles para la investigación” (Koselleck, 2012: 7-8).

2.1. *Begriffsgeschichte. La Teoría.*

Semántica y pragmática del lenguaje político-social: la relación entre el significado de lo que decimos y el sentido de lo que hacemos. Aquí radicaba la clave de su teoría historiográfica, al aportar un método de conceptualización que reflejaba, en la investigación histórica, la vinculación esencial entre el discurso (representación) y la acción (acontecimiento), entre el lenguaje (símbolos) y la sociedad (comportamientos).

Un método histórico-conceptual basado en el análisis de los contenidos discursivos que se encuentran dentro y fuera de las fuentes, remitiendo directamente a la transformación del lenguaje desde su variación semántica, desde un significado transformado, de manera continua, a lo largo del tiempo (Koselleck, 2012: 8-9). Mediante el mismo se recuperan y comprenden los fenómenos del pasado como “*formaciones sociales*”, desde el significado y la función de los conceptos presentes en los mismos (explícitos o no).

“*La investigación de los conceptos y de su historia lingüística forma parte de las condiciones mínimas necesarias para poder comprender la historia del mismo modo que su definición implica las sociedades humanas*” (Koselleck, 1993: 201).

Los conceptos revelaban el cambio, la permanencia o la novedad en las estructuras sociales, al demostrar como el lenguaje expresaba o impedía la comprensión de las cosas en su contexto genético. Revelación, en un primer sentido, de las épocas de continuidad o de crisis que se relatan historiográficamente, determinando la pervivencia o la eclosión de

nuevas formas de representación que permite la posibilidad de interpretar los procesos y acontecimientos del pasado, tematizando hechos y situaciones (el “*estado de cosas*” existente entre lenguaje y sociedad). Y revelación, en un segundo sentido, de la transformación interna de esos mismos conceptos (continuidad, mutación o innovación), como indicadores fiables de los valores y mentalidades presentes en los contextos políticos o sociales. Doble sentido de los conceptos que situaban, metodológicamente, los significados pasados de las palabras en estructuras de repetición o los traducían a una comprensión actual, clarificando la relación de los mismos con otros conceptos o expresiones similares (nuevas o contrarias) (Koselleck, 2012: 15-16).

Solo por medio del lenguaje (escrito y digital, visual y artístico) tenemos acceso a los eventos del pasado, nos enseñó Koselleck. Pero como hemos señalado, el lenguaje no lo puede recoger todo y, además, las palabras a veces dicen la verdad o encubren la mentira. Por eso son necesarios los conceptos; inicialmente, como “*crítica de fuentes*”, instrumento para comprobar lo que dicen los discursos sobre los hechos históricos objeto de estudio; posteriormente como “*red de significados*”, que permiten conocer la cultura socializadora individual y colectiva de un tiempo y un lugar (Sánchez-Prieto, 2012).

Este punto de partida lo encontró en Ferdinand de Saussure y su obra *Cours de linguistique Generale* (en 1916) con su definición del “*signo*” como la asociación de la imagen acústica (significante) y el concepto (significación); para Koselleck, en cada concepto están siempre ligados “*el significante y lo significado*”. Y desde su realidad polisémica (como la palabra) contiene y relaciona un “*pluralidad de significados*”, con un sentido histórico político-social; pero también integra las perspectivas sincrónica y diacrónica (a di-

ferencia de la palabra) lo que permite entender la relación entre “*las viejas estructuras y los nuevos significados*” en las experiencias y expectativas que se entrelazan en el pasado hecho presente y proyectado en el futuro (Koselleck, 2009: 22).

Las palabras cambian, su significado muta, y la realidad histórica se explica de diferentes maneras por cada generación; aunque en ocasiones, viejos términos o símbolos que consideramos anticuados persisten como memoria o como herramienta (Olsen, 2011: 204-207). Por ello estudiar los conceptos es comprender la vida política y social de los hombres en un tiempo histórico que conecta, a su pesar, a padre e hijos, uniendo lo dicho y lo predicho. “*El método de la historia de los conceptos rompe con el viejo círculo ingenuo que va de la palabra a la cosa y viceversa*”, señalaba Koselleck; en primer lugar reconociendo esa “*multiplicidad*” de significados de una palabra en sus modificaciones en el tiempo y en su utilización en el discurso político-social, y en segundo lugar, la evolución del significado del mismo concepto en su sincronía discursiva, en su “*encadenamiento en el tiempo*” (Koselleck, 1993: 127-128).

“*Toda historiografía se mueve en dos niveles: por un lado, en el análisis de hechos expresados en documentos históricos y, por el otro, en la reconstrucción de hechos que no están presentes en los documentos históricos más que con la ayuda de ciertos métodos e índices edificados posteriormente*” (Koselleck, 1993: 138-139).

b) *El Sattelzeit. El concepto.*

La Modernidad cambió el mundo [1750-1850]. Este concepto central, el Sattelzeit contemporáneo, representó “*la utopía iluminada*” de la emergente burguesía, tras las Guerras de religión en la Europa de la Reforma, pretendió eliminar las bases políti-

co-sociales del Estado absoluto, del Leviatán de Hobbes. La teoría necesitaba un concepto, y Koselleck lo encontró en Carl Schmitt (Galindo, 2009: 43-44).

En su Tesis doctoral (publicada en 1959) narró el inicio del proceso de “*despolitización*” ilustrada del viejo continente, que convertía “*lo moral*”, antes asunto privado, en tema de interés público en el seno de una Sociedad moderna (Gesellschaft) donde todo sería posible, bajo el mando de una nueva élite burguesa y masónica, unos “*Illuminaten que se alían con un futuro elaborado por ellos mismos, que se cumplirá con la misma certeza moral con la que ellos actúan*” (Koselleck, 1965: 119-120). Se dejaba atrás la pretensión del Estado hobbesiano que impedía, como poder superior y neutral, que la conciencia moral jugara un papel en la toma de decisiones políticas, bajo el monopolio de la violencia legítima (seguridad) y el control del orden (obediencia).

Pero este concepto también cambió, como veremos, la Historia. Este “*nuevo tiempo histórico*”, con el milagro de la técnica como telón de fondo, situó el estudio del pasado desde un “*nuevo horizonte de expectativas*” (Supelano-Gross, 2010: 62-63).

En el Sattelzeit el “*antiguo concepto del tiempo fue desarticulado*”; el tiempo histórico natural, repetible y estático (de naturaleza aristotélica y ascendiente aristocrático) daba paso a un tiempo artificial, construido política e ideológicamente, donde las viejas palabras (democracia, libertad, poder público) adquirieron un significado novedoso; una moderna forma de expresarse donde “*la crítica se potenció a sí misma, en la contracrítica, hasta convertirse en supercrítica, y por último se degradó en hipocresía*” (Koselleck, 1965: 335-336). Por ello, el moderno “*lenguaje histórico*”, determinado por el concepto de “*progreso*” ilimitado

y permanente, mutaba tanto para los protagonistas de dicha generación, como para el historiador encargado de narrar este episodio trascendental (Cheirif, 2014).

El presente y el pasado se alteraban en este escenario, ante un futuro lleno de posibilidades. Y el liberalismo, la encarnación de dicho progreso, la gran creación moderna con la llamada “*República de las Letras*” (bajo dominación “no-política” de las sociedades secretas burguesas, como los Masones), perpetuó ese lenguaje progresista para el actor y el narrador, haciendo de la vida privada y su valoración moral la clave de la organización comunitaria, al más puro estilo calvinista (Galindo, 2009). El advenimiento de “la sociedad” liberal se oponía, pues, a “la política” tradicional, desde una nueva legitimidad de la “crítica” y la “utopía” que permitía cambiar todo lo heredado, especialmente los valores fundamentales de naciones como la Prusia histórica (núcleo central de su Tesis). La ideología sustituía al realismo, el moralismo a las instituciones, la Sociedad a la Comunidad, la antipolítica a la política, y los utópicos a los estadistas (Koselleck, 2007: 34-35).

Proceso histórico que comenzó, para Koselleck, en la “hipócrita” Ilustración alemana del Siglo XVIII, y que culminó, como lo vivió en primera persona, en el “trágico” conflicto ideológico del siglo XX: de los totalitarismos a la Guerra fría (Koselleck, 2007: 44-46).

“desde la segunda guerra mundial, hemos entrado en la etapa de la historia mundial total, cuyos centros de acción se han distribuido, partiendo de Europa, a todo el globo. Que, a consecuencia de ello, empieza a despuntar nuevas historias que, no obstante, fundan un espacio común de experiencia, es algo manifiesto” (Koselleck, 2004: 152-153).

3. *Entre la experiencia y la expectativa. El Futuro pasado.*

Este pasado que estudiamos y teorizamos se encuentra contenido en el futuro. Cada concepto político-social, situado en el espacio y en tiempo, presenta una “multiplicidad de significados” interrelacionados que constituyen un “estado de cosas” como producto de formulaciones lingüísticas articuladas en el pasado. Pero también supone un “contexto discursivo” que determina posibilidades en el futuro, insertas en las modificaciones de los significados de las palabras de manera paralela a las transformaciones del estado de cosas (Koselleck, 1997).

La Historia de Koselleck era no solo una “crítica de fuentes”, de lo concebido y dicho por los protagonistas en cada época y en cada discurso; sino también una investigación de lo conceptual presente en hechos históricos de impacto actual, como “anacronismos”, que siempre resultaban ser un “futuro pasado”, ya que el presente en el futuro sería el pasado (Koselleck, 1993: 143-144).

“Eso que constituye a la historia como historia, no se puede derivar nunca solo de las fuentes: es precisa una teoría de la historia posible para hacer hablar a las fuentes. La parcialidad y la objetividad se limitan de un modo nuevo en el campo de la tensión entre la formación de la teoría y la exégesis de las fuentes. La una sin la otra son inútiles para la investigación” (Koselleck, 1993: 201).

3.1. *El tiempo histórico: la génesis de las experiencias.*

Todo concepto del pasado, en sus sentido original y plural, tiene que ser comprendido en función de los conceptos del presente, si las palabras que los acogen sobreviven a día de hoy, pero sobre todo en el sentido que da-

mos a las acciones del porvenir nacidas de la “*oportunidad*” de toda herencia. Significantes diversos que nos transmitieron las sociedades del pasado como tradición (cuyo sentido persiste parcialmente y cuyo alcance teórico se puede verificar de manera empírica todavía), evolución (cuyo contenido se ha transformado esencialmente, pese a la persistencia del término, y los significados solo pueden ya comprenderse desde “*un plan histórico*”) o neologismo (de aparición no siempre espontánea) (Koselleck, 1993: 144-145).

Lo pretérito y lo coetáneo han marcado siempre la historiografía: la “*historia en curso*” (In Actu) o la “*historia pasada*” (Post-eventum). In Actu nos habla del momento preciso en que las cosas suceden, expresado en el lenguaje diario, en la comunicación lingüística cotidiana, en la representación continua de las experiencias vividas (pese a la permanente tensión con dominios “*extra lingüísticos*”, entre nuestras palabras y lo que percibimos). Post Eventum nos aporta la “*totalización*” de lo pasado, de aquellos hechos lingüísticos que convierten el presente en pasado, la “*historia en curso en historia pasada*”: la Historia se fundamenta como relato o narración, labor de un historiador profesional que une las palabras y las cosas, el lenguaje y los hechos en el discurso (Oncina, 2009).

Pero la sincronía y la diacronía convergen, inevitablemente, en una “*historia posible*”, radicalmente humana. Este es el “*futuro pasado*” de Koselleck, metáfora conceptual de una ciencia histórica que prescinde de la clásica temporalización en pro de “*múltiples temporalidades*”⁵, y aúna ambos planos, distinguiendo

entre lo propio del discurso y lo propio del hecho histórico, lo real de lo ficticio, lo realizado de lo simplemente escrito. El concepto, para Koselleck, integra, pues, el presente permanente y el tiempo congelado. Toda historia puede ser definida, así, como un “*presente permanente*” en el cual están contenidos, de manera entrelazada, “*el pasado y el futuro*”. La Historia conceptual admite como hemos visto, por la relación mutua entre el lenguaje y la realidad, tanto la perspectiva sincrónica (los hechos concebidos en su “*actualidad*” y los conceptos que surgen), como la perspectiva diacrónica (conceptos que nacen de transformaciones lingüísticas y sociales).

Los conceptos dependen, pues, de un “*tiempo*” múltiple, complejo y polémico. Es la parte esencial de la Historia como ciencia; no sólo desde un punto físico-biológico (cronología), sino como “*la experiencia vivida y expresada por los hombres en el cambio de generaciones*”. Por ello, y tal como argumentaba Reinhart Koselleck (1993: 146-149), frente al reduccionismo del relato lineal o del circular, la teoría de la ciencia de la historia necesita aclarar cuál es ese “*tiempo histórico*” plural que nos transmite las fuentes del pasado. Toda investigación comprometida con las circunstancias históricas debe determinar este tiempo en dos planos:

- a) La exacta datación cronológica, para ordenar y narrar los hechos (presuposición), utilizando la ciencia auxiliar de la cronología del tiempo natural y biológico.

5 Autor que señalaba que “against this interpretation, to be found in works by Kathleen Davis, Peter Osborne, and Lynn Hunt, among others, I will argue that not only is Koselleck’s theory of historical times, or, with a more phenomenological turn of phrase, his theory of multiple temporalities, not a theory of pe-

riodization, it is, furthermore, a theory developed to defy periodization. Hence, at the core of Koselleck’s work is the attempt to replace the idea of linear, homogeneous time with a more complex, heterogeneous, and multilayered notion of temporality” (Jordheim, 2012: 152-153).

- b) La determinación del propio tiempo histórico (contenido), estableciendo los presupuestos naturales de nuestra división del tiempo en relación con la Historia (Koselleck, 1993: 12-13).

Para el historiador germano este “*tiempo histórico*” específico aparece como el “*destino de la vida pasada*”, como “*los hechos donde atisbamos los conflictos reunidos en una sucesión de generaciones*”; es decir, en el solapamiento de experiencias pasadas y perspectivas de futuro. Este concepto histórico de tiempo se encuentra vinculado a unidades políticas y sociales en acción, a hombres que actúan con determinados modos de realización y ritmos temporales propios (Koselleck, 1993:14); de esta manera, nos encontramos con un “*tiempo variable*”, quizás con “*muchos tiempos históricos*”, dependiendo de las diferentes medidas del mismo según el objeto histórico (Armas, 2008).

La clave de este tiempo se encuentra, para Koselleck, en “*la relación entre pasado y futuro*”; más en concreto, en el análisis de la elaboración de experiencias del pasado en una situación concreta, y su concreción como “*esperanzas, pronósticos y expectativas*” discutidas en el futuro: las dimensiones temporales del pasado y del futuro se remiten unas a otras. Esta es la “*hipótesis del tiempo histórico*”: la determinación de la diferencias entre el pasado y el futuro, entre la experiencia y la expectativa; un determinado modo de asimilar la experiencia, coordinando lo acaecido y lo por venir (Koselleck, 1993: 15-17).

La Modernidad, como hemos visto (Sattelzeit), supone un ejemplo concreto de esta noción de “*tiempo histórico*”. Esta idea muestra la experimentación del propio tiempo como “*siempre nuevo*”, como moderno; hecho que supone que el reto del pasado se ha hecho mayor, que se pregunta por el presente

correspondiente, y sobre su futuro ya pasado (Supelano-Gross, 2010). En este sentido, unir el presente y el pasado en un “*horizonte histórico común*” es el fin del trabajo del historiador; con ello Koselleck podía identificar las experiencias históricas a través de los símbolos y del lenguaje, tanto propios de cada época, como los utilizados por los propios historiadores para reconstruir y comprender este tiempo (Koselleck, 1993: 18-19).

Los conceptos históricos son los que han sido articulados lingüísticamente en el pasado y los hechos del pasado solo existen si han sido formulados en el pasado en términos conceptuales. Y dependen siempre de una doble categoría antropológica, que son la condición de posibilidad de toda historia posible: el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas. Permiten, así, la ciencia de la Historia al combinar la experiencia de la vida y la posibilidad de proyección, pronosticar los cambios y atisbar la estabilidad en el largo plazo (Romero, 2008).

“*No hay expectativa sin experiencia*” y viceversa, enseñaba Koselleck. Experiencia o “*lo que aprendimos*”; la memoria de lo vivido en el pasado (como “*totalización*”) en un “*pasado hecho presente*”, como acumulación de vivencias pasadas, de aprendizajes pretéritos que se modifican entre sí, determinado el comportamiento presente y guiando la expectativa futura. Expectativa o “*lo que esperamos*”; la posibilidad heredada del pasado, los sueños que se pueden o no cumplir en un “*futuro hecho pasado*”, en un proyecto siempre cambiante que se abre a partir de la lección de la experiencia o de la falta de ella (Koselleck, 1993: 352-354).

El ejemplo ya lo vimos. La Revolución francesa institucionalizó esta nueva “*estructura del tiempo*”: de una comunidad jerárquica, rural y artesanal, donde el orden del tiempo gi-

raba alrededor de los ciclos de la naturaleza y la vida cotidiana determinaba las expectativas en función las experiencias del pasado (de la sabiduría de los ancestros a la tradición religiosa), se pasó a una sociedad capitalista, ilustrada e individualista, gestada entre el Renacimiento y la Reforma protestante, que en el siglo XVIII edificó un nuevo horizonte de expectativas sobre un concepto central: “*el progreso*”. Progresus como primer concepto histórico que, para Koselleck, sancionaba la “*diferencia temporal entre la experiencia y la expectativa*”; el horizonte humano ya no se refería a la experiencia acumulada, sino al proceso de perfeccionamiento técnico irresistible; y por ello el pasado era siempre contemporáneo, el “*pasado presente*” (la construcción del anacronismo).

Por ello la Historia ya no era la “*maestra de la vida*” (Magistra vitae) sino historia total o “*totalidad abierta hacia un futuro progresivo*”, ante las modificaciones, la aceleración del impacto del progreso político-social y técnico-científico (Koselleck, 1993: 354-356).

La “*temporalidad de la historia*” se encuentra condicionada, como axioma, por la vinculación entre ese espacio de experiencia recordada y el horizonte de expectativas atisbado. Un hecho histórico, una simple experiencia de un simple ciudadano abre siempre en el presente un nuevo horizonte de expectativas, que condiciona en el futuro las decisiones de una persona, una familia o una comunidad. Pero el tiempo nuevo, la citada Modernidad (como Neuzeit), produjo, con su eclosión en 1750, diferentes ideologías que pretendían cumplir las expectativas de los grupos a los que querían representar sin referencia alguna a la experiencia acumulada:

“*La época moderna va aumentando progresivamente la diferencia entre experiencia y expectativa o, más exactamente, que solo se puede concebir la modernidad como un tiempo*

nuevo desde que las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias vividas” (Koselleck, 1993: 339-342).

3.2. *Los estratos del tiempo: el horizonte de la expectativa.*

Y toda Historia, temporalmente hablando, tiene una estructura. “*Los estratos del tiempo*” son la metáfora que Koselleck (2001: 11) toma, de la temporalizada historia naturalis, para explicar los diferentes niveles temporales del desarrollo de los sistemas político-sociales. Estructura donde se desarrollan germinan los conceptos que provocan o definen los sincrónicos acontecimientos humanos (interrelacionados) o se averiguan los diacrónicos presupuestos de larga duración (donde “*se acumulan las experiencias de las individuos y generaciones*”).

Ni Historia lineal (como hilo temporal) ni circular (como algo recurrente), sino “*tiempos históricos con diferentes estratos*” que se remiten los unos a los otros, ya que como enseñó Herder “*todo ser vivo tiene su propio tiempo y lleva en sí mismo la medida del tiempo*”. Porque la Historia es un Informe sobre esa “*experiencia*”, sobre la vida como descubrimiento, y de la reflexión sobre el mismo surge “*la Historia como ciencia*” (Koselleck, 2001: 12-14).

Su interpretación de los estratos del tiempo permite estudiar, para Koselleck, los diferentes tiempos de cambio sin caer en la ficticia distinción entre lo lineal y lo circular. En este sentido, los “*hallazgos de la experiencia*” se pueden descifrar en tres estratos: irreversibilidad (eclosión de hechos de naturaleza única); repetitividad (continuidad de estructuras formales y recurrentes); y la simultaneidad de lo anacrónico (clasificación diferenciada de procesos ordenados cronológicamente) (Koselleck, 2001: 16-18).

En primer lugar la “unicidad” irreversible del tiempo en los procesos históricos. Cada uno vivimos los acontecimientos como únicos e irreversibles, cada sociedad considera su historia como una sucesión de acciones especiales (victorias y derrotas, descubrimientos y fracasos), y cada historiador tematiza los ámbitos en función de fechas relevantes: 1492, 1789, 1989, 2000.

Pero esta sucesión de cambios, en la que se basa la noción de progreso, convive siempre con la sucesión de “continuidades” repetibles (amigo enemigo, padres-hijos). Estructuras de repetición, acciones cotidianas de la labor humana, procesos recurrentes y planificados (desde los horarios a los usos y costumbres) que permiten que ocurran los acontecimientos únicos y transformadores o se modifican a sí mismos (en diferentes velocidades). Y esta relación se manifiesta en el lenguaje (como en la justicia o la misma teología): “*para que un acto único del habla sea comprensible, todo el patrimonio lingüístico ha de permanecer a disposición como algo dado. Los actos únicos del habla se apoyan por tanto en la recurrencia del lenguaje, que es actualizado una y otra vez en el acto de hablar y que se modifica a sí mismo lentamente, también cuando irrumpe en el lenguaje algo completamente nuevo*” (Koselleck, 2001: 11-13).

Hechos únicos y continuos, a la vez, de la mano de la clasificación cronológica y natural. El pasado es siempre “anacrónico” a ojos del presente, y el tiempo es para el progreso la superación de viejos ideales desfasados; pero el estrato de “*la simultaneidad de lo anacrónico*”, de lo trascendente, demuestra la misma génesis temporal de propuestas diferentes, el encuentro de generaciones distintas en ciertos temas y la coincidencia de tiempos supuestamente contrarios en el presente (Koselleck, 2001: 15-16).

Los estratos aclaraban, para Koselleck, el método para comprender un acontecimiento donde se conecta el cambio y la continuidad, el pasado (anacrónico) y el futuro (moderno). Una comunidad puede aceptar una novedad políticamente pero rechazarla económica o culturalmente; una novedad conlleva siempre tanto una experiencia como una expectativa, entre lo que pensábamos que iba a pasar y lo que realmente ha pasado, entre ser previsible o la capacidad de sorpresa, entre “*esto lo podía saber antes*” o “se veía venir”. Y ante ello ni mera resistencia a las sorpresas ni exclusiva repetición de experiencia: una “unicidad” que debe remitir a la experiencia posible de cada convivencia generacional, o disposiciones político-sociales más o menos comunes a través de su comunicación recíproca (Koselleck, 2001: 18-19).

Expectativas que encuentran su germen tanto en estrato de las “*experiencias únicas*”, como en el estrato de las “*experiencias trascendentes*”. Ambas engendran, o niegan, futuras posibilidades culturales de repetición, que superan la existencia de una generación biológica: “*verdades religiosas o metafísicas que se apoyan en expresiones básicas, que son modificadas una y otra vez a lo largo de los siglos, y a las que los hombres pueden apelar (aunque no todos las compartan)*”. Pero estas últimas abrigan una serie de concepciones culturales o científicas del mundo que se repiten lentamente en el transcurso de las generaciones, que “*rebasan los límites de las generaciones presentes*”, fundamentando los sueños heredados o los miedos aprendidos. La vivencia trascendental, queramos o no, determina tanto el accionar del relatado como la labor del relator “*ya que todas las unidades de experiencia necesitan de un mínimo de necesidad de trascendencia; sin ella no habría ninguna explicación última y sin ella no podría convertirse ninguna experiencia en ciencia*” (Koselleck, 2001: 20-22).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- ALONSO, L.E.
(2013), “La sociohermenéutica como programa de investigación en sociología”. *Arbor*, 189/761, 2-15.
- ARMAS, J.E.
(2008) “El tiempo histórico (I): Pasado y futuro en Reinhart Koselleck”. *La Razón histórica*, 3, 5-6.
- CALDERÓN, A.
(2006) “Reinhart Koselleck (1923-2006)”. *Historia y Grafía*, 26, 223-231.
- CASPISTEGUI, F.J.
(2009) “El primer Koselleck”. *Revista Anthropos*, 223, 54-70.
- CHEIRIF, A.
(2014), “La teoría y metodología de la historia conceptual en Reinhart Koselleck”. *Historiografías*, 7, 85-100.
- CHIGNOLA, S.
(2007), “Temporalizar la historia: sobre la Historik de Reinhart Koselleck”. *Isegoría*, 37, 11-33.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. Y FUENTES, J.F.
(2006), “Historia conceptual, memoria e identidad. Entrevista a Reinhart Koselleck”, *Revista de Libros*.
- GALINDO, A.
(2009), “El antiliberalismo como clave de la obra de Koselleck”. *Araucaría*, 21, 44-62.
- HABERMAS, J.
(2006), “Verrufener Fortschritt-verkanntes Jahrhundert: zur Kritik der Geschichtsphilosophie. Rezension zu: Peter F. Drucker: Das Fundament für Morgen; Reinhart Koselleck: Kritik und Krise; Hanno Kesting: Geschichtsphilosophie und Weltbürgertum”. *Merkur*, 5/147, 468-477.
- JORDHEIM, H.
(2012), “Against periodization: Koselleck’s theory of multiple temporalities”. *History and Theory*, 51 (2):151-171.
- KOSELLECK, R.
(1965), *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*.
- MADRID: RIALP.
(1993), *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona:
- PAIDÓS.
(1997), “Einleitung”, *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zu politisch-sozialen Sprache in Deutschland*. Stuttgart: Klett et Cotta (1972-1997).
- (2001), *Los estratos del tiempo. Estudios sobre la historia*. Barcelona: Planeta.
- (2004), *Historia/historia*. Madrid: Editorial Trotta.

- (2007), *Crítica y crisis: un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*. Madrid: Trotta.
- (2012), *Historia de conceptos: estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Editorial Trotta.
- KOSELLECK, R. Y GADAMER, H-S.
- (1997), *Historia y hermenéutica*. Barcelona: Paidós.
- LOZANO, J.
- (2004), “Reinhart Koselleck. Articulando la historia en el tiempo”. *Revista de Occidente*, 282, 117-125.
- OLSEN, N.
- (2011), “Carl Schmitt, Reinhart Koselleck and the foundations of history and politics”. *History of European Ideas*, 37:2, 197-208.
- ONCINA, F.
- (2009), “Koselleck y el giro icónico de la historia conceptual”. *Revista Anthropos*, 223, 71-81.
- OTLET, PAUL
- (1916), *Les problèmes internationaux et la guerre, les conditions et les facteurs de la vie internationale*. Genève.
- PALONEN, K.
- (2011), “Koselleck’s Two Visions of History Reinhart Koselleck, Vom Sinn und Unsinn der Geschichte”. *Contributions to the History of Concepts* 6(2), 124-129.
- RAGA, P. Y RAGA, V.
- (2012), “Historia/historias. Koselleck/White”. *Revista de historia actual*, 10, 157-184.
- ROMERO, J.M.
- (2008), “La histórica de R. Koselleck y la apertura de la historia”. *Conceptos*, 5, 91-103.
- Sánchez-Prieto, J.M.
- (2012), “Reinhart Koselleck, la interdisciplinariedad de la Historia”. *Memoria y Civilización*, 15, 475-499.
- SCHMITT, C.
- (2009), *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza ed.
- SUPELANO-GROSS, C.
- (2010), “Entre la esperanza y el recuerdo: aproximación a la Filosofía de la Historia de Reinhart Koselleck”. *El futuro pasado*, 1, 53-64.
- TÖNNIES, F.
- (2005), *Gemeinschaft und Gesellschaft. Abhandlung des Communismus und des Socialismus als empirischer Culturformen*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- ZUBIRI, XAVIER
- (1981). *Naturaleza, historia, Dios*. Madrid: Editora nacional